

ISABEL

¿Qué hacemos?

JUAN PABLO

(Mirando por la ventana grande.)

Casi es noche;

no lo sé.

MARÍA

¡Y estos bronces, qué bien piden!

MAGDALENA

¡Les socorriera yo, de todos modos!

(Suenan en la puerta del fondo, que habrán entornado al entrar las dos mujeres, varios golpes como de quien llamara á ella.)

FRANCISCO VALDÉS

(Desde fuera.)

¡Ah, de casa!

JUAN PABLO

(Dando un paso.)

¿Quién va?

VALDÉS

(Entrando.)

¡La paz con todos!

*(Le siguen de cerca dos soldados, Zapata y Romero, trayendo entre**ellos, casi desvanecido y horriblemente pálido, á Don Diego Acuña de Carvajal, capitán de los tercios. Como los que traen al herido vienen lentamente, estarán todavía detrás del tabique y los de la casa no les ven, cuando ya el alférez Valdés habla con ellos.)*

GRONINGA

(Con pánico visible, retirándose. Natural emoción en el grupo. Sólo Magdalena avanza un poco, con irresistible impulso.)

¡Un soldado español!

VALDÉS

(Señalando al capitán que entra entonces.)

¡Un hombre herido!

MAGDALENA

(Viendo al capitán, con espontánea compasión ingenua.)

¡No puede andar! ¡Está desvanecido!...

(A los dos soldados.)

Tenedle bien...

(La ha visto el capitán y con desesperado esfuerzo se suelta de los que le acompañan, lleva la mano al fieltro y barre el suelo con la pluma, saludando. Se le ve luchar

*con la debilidad profunda que nace
de la sangre perdida para mante-
ner una actitud gallarda.)*

DON DIEGO

(A Magdalena, saludándola.)

No es menester, señora.
Antes perdón os pido
de haberos afligido
llegando tan sin arte y á deshora.

MAGDALENA

*(A su padre, pidiendo con la mi-
rada y con las manos juntas.)*

¡Padre!

MARÍA

(A la Groninga.)

Da compasión...

MARTÍN

(A Isabel Clara.)

Llévale asiento.

*(Isabel Clara y Magdalena á por-
fia, se dirigen á un sillón ancho que
estará contra el muro, para ofre-
cerlo al capitán. Juan Pablo asiente
con la cabeza.)*

DON DIEGO

(Deteniendo á las dos con el gesto.)

Después... Aún he de hablaros un momento.

(Respirando con dificultad.)

Traigo la paz... La mandan desde España :
ya no somos, en Flandes, gente extraña ;
hermano os soy y en mi hermandad os cuento.

JUAN PABLO

¡La paz!

DON DIEGO

Sí, noble anciano ;
y, si esta honrada casa os pertenece,
como en la edad y el tono lo parece,
dadme la paz, señor ; esta es mi mano.

*(Quiere avanzar, tendiendo la
mano, y vacila.)*

MAGDALENA

(Como antes.)

¡Padre!

*(Juan Pablo se decide á dejar su
sitio, yendo á estrechar la mano
del capitán: desde este momento,
las caras de las mujeres y de Mar-
tín Frobél estarán radiantes de sa-
tisfacción. Pablo, severo, pero hu-
mano, ayuda al capitán á mante-
nerse en pie.)*

DON DIEGO

Llegó la nueva al campamento
cuando rodaba el muro hecho pedazos,
y ella cumplió su oficio en un momento :

¡todos los brazos encontraron brazos!
 Pero sufrió el rigor de su destino
 la aldea; el fuego á perdición la mueve,
 auxilio está pidiendo: al que lo lleve,
 nadie habrá de inquietarle en el camino.
 La paz le será guarda y compañía
 desde hoy al caminante:
 ¡Don Diego Acuña, el capitán, lo fía!
 Con esto hablé bastante;
 cuanto á mí, como llego mal herido,
 sólo un rincón donde curarme os pido,
 porque sigan los míos adelante...

(Rendido del esfuerzo, parece vacilar; le sostiene Juan Pablo, y dice á Frobel.)

JUAN PABLO

Tu brazo aquí, Martín.

MAGDALENA

(A Isabel.)

Y aquí, acerquemos
 silla en que se acomode.

MAGDALENA

(Con solicitud á Juan Pablo.)

¿Le acogemos?

JUAN PABLO

Parece bien nacido el castellano
 y en nombre de la paz nos lo demanda.

(El capitán calla, medio desvane-

cido, y entre los dos hombres le sientan en el sillón, que acercarán Isabel y Magdalena.)

MAGDALENA

(Respondiendo á las últimas palabras de su padre.)

Herido y sin apoyo, es nuestro hermano:
 ya no la paz, la humanidad lo manda.

(El capitán abre los ojos y estrecha á Magdalena la mano, guardándola un momento en la suya.)

JUAN PABLO

(Al alférez.)

¿En dónde fué la herida?

VALDÉS

(Levantando la mano izquierda del capitán.)

En esta mano.

JUAN PABLO

Martín le curará, que es entendido.

(Pasa Martín, á quien siguen Magdalena y su hermana, á examinar la herida.)

MARTÍN

La cuchillada le partió esta vena

y el perder sangre le ha desvanecido;
da tiempo; ten su brazo, Magdalena.

(Magdalena, con visible emoción, sostiene el brazo del herido. La Groninga, desde hace un rato, viene colocando sobre la mesa paños, vendas, bálsamos y lo demás necesario para prestar auxilio en casos como el de la aldea vecina durante una guerra. A la mesa acude Martín Frobel por lo indispensable para su cura, mientras Magdalena y su hermana hacen grupo con el herido.)

JUAN PABLO

¿Y cómo habéis podido
traerle sin socorros tanto trecho?

(Rodean á Valdés, Juan Pablo, María y Paulota.)

VALDÉS

Capitán y español, no está avezado
á curarse de herida que ha dejado
intacto el corazón dentro del pecho.
Ello ocurrió de suerte
que á los favores de un azar villano,
pudo llegar el hierro hasta esa mano,
que tuvo siempre en hierros á la muerte.

JUAN PABLO

¿Y fué, señor?...

VALDÉS

Y fué que, apenas roto
por nuestro esfuerzo el muro,
salieron de la aldea en alboroto
sus gentes, escapándose á seguro.
Niños, mozas y ancianos,
en pelotón revuelto, altas las manos
como á esquivar la muerte, que les llega
envuelta en el fragor de la refriega,
á derramarse van por los caminos
y los campos vecinos...
Y va á su frente y clama
que les tengan piedad en tanta ruina,
dando al aire sus tocas, una dama
que pone, ante la turba que la aclama,
la impavidez triunfal de una heroína...
Corriendo á hacer botín de su hermosura
la rufa soldadesca se amotina,
y en vano ella procura
en súplicas, en lágrimas deshecha,
acosada y rendida,
entregando su vida,
triunfar de la deshonra que la acecha.
Va á sucumbir; pero en el mismo instante,
una mano de hierro abre á empellones
el cerco jadeante
de suizos y walones,
y el capitán ofrece á la hermosura
la hidalga protección de su bravura...
Domeñado y sujeto
queda el tercio á distancia; ella respira:
«pasad, señora, que por mí os admira
y por mí os tiene España en su respeto»,
dice, y levanta el capitán ardido
la dura mano al fieltro retorcido.

Y en este punto, el hierro de un villano
 parte su vena á la indefensa mano.
 No se contrae su rostro de granito
 ni la villana acción le arranca un grito;
 inclina el porte, tiende á la cuitada
 la mano ensangrentada
 y vuelve á pronunciar: «gracias, señores;
 que si sólo he querido
 á la dama y su honor hacer honores,
 ahora, con esta herida, habré podido
 ofrecerle en mi mano rojas flores».
 Ceremoniosamente
 pasó la dama, él inclinó la frente,
 y en la diestra leal que le tendía
 la sangre á borbotones florecía.

MARÍA

¡Digna acción de un soldado!

JUAN PABLO

*(Con cierta involuntaria brusque-
 dad.)*

Que, dándole acogida
 y curando su herida,
 espero haber pagado.

VALDÉS

¡Oh, no penséis, señor, que él, en espera
 de tan gallardo premio, la cumpliera!
 Cuanto por él hagáis, ya que en su ruina
 compasión os merece,

como paga es mezquina,
 como merced, señor, se os agradece.

*(Un poco secamente, saluda y
 vuelve junto al capitán. María Ber-
 key tira de la manga á Juan Pablo
 para decirle):*

MARÍA

¿Y todo el fruto de la paz ha sido
 darle socorro al español herido?

JUAN PABLO

(Volviendo á pensar en los suyos.)

¡Las gentes de la aldea
 pedían con tal ansia!...

ISABEL

¡Parpadea!...

(Por el herido.)

MARTÍN

¡Torna el color al rostro!

MAGDALENA

¡Le salvamos!

JUAN PABLO

(A María Berkey.)

¿Tenemos provisión?

MARÍA

De toda cosa;
llamo á la moza y que nos siga... ¿vamos?

(Cuando parece decidirse, el capitán, que con la restablecida circulación de la sangre vuelve en sí, dice):

DON DIEGO

¡A mí, los del tercio! Ordeno,

(Valdés se adelanta y los dos hombres para que su capitán pueda verles.)

si de esta casa alguien sale
con socorros para el burgo,
que salgáis acompañándole,
y que hasta dejarle en salvo,
nadie se atreva á dejarle.
Haced luego marcha á Italia,
que es condición de las paces
que, en obra de pocos días,
no queden tercios en Flandes.
Tú, Valdés, toma, en la fuerza,
el mando que yo dejare,
porque para hacer mis veces,
te sobra con lo que vales.
No os preguntarán por mí,
que en estos tiempos á nadie
le da lustre haber nacido
segundón de casa grande;
pero, si pregunta alguno,
bueno será contestarle
que, español, á toda vena,

amé, refí, dí mi sangre,
pensé poco, recé mucho,
jugué bien, perdí bastante,
y, porque era empresa loca
que nunca debió tentarme,
que, perdiendo, ofende á todos,
que, triunfando, alcanza á nadie,
no quise salir del mundo
sin poner mi pica en Flandes!

VALDÉS

(Con mucha emoción.)

Capitán: Dios me es testigo
—que de testigos no valen
donde hablan almas de España
cuerpos que engendró el Brabante—,
Dios me es testigo, que el mando
que venís á confiarme,
aunque es honra y crezco en ella,
como un castigo me abate.
Camino de Italia el tercio,
vuestra sombra le acompañe,
ya que en serlo pondré yo
mis únicas voluntades.
El mando que vos me dais,
porque es fuerza he de tomarle;
vuestro sitio en vuestra tropa,
no esperéis que tome nadie...
Yo iré á la vera del tercio,
y hará las marchas delante
vuestro alazán, que, sin vos,
no ha de haber quien lo cabalgue...

(Volviéndose á los demás.)

Si alguien viene hasta el burgo, doile escolta;
lo mandó el capitán.

MAGDALENA

(Con esfuerzo; no queriendo quedarse donde ve un peligro.)

Voy con vosotros.

DON DIEGO

(Súplica que únicamente oyen Isabel y Magdalena.)

¡No!

(Isabel Clara mira á su hermana; ésta baja los ojos.)

MARÍA

Vosotras quedad con Martín Frobel, cuidando de la casa y del herido.

MARTÍN

(Para sí.)

¡Y de la prensa!

MARÍA

Dadle mesa al huésped... cerrad la puerta, disponed la cena.

JUAN PABLO

(A su mujer, impacientándose.)

¿Vamos?

MARÍA

¡Guarda á tu hermana, Magdalena!

(Magdalena levanta los ojos al cielo. Los que llevan socorros á la aldea, salen escoltados por los españoles. La Groninga distribuye algunos fardos y pasa delante. Juan Pablo da el brazo á su mujer y pone su mano sobre el hombro de la moza. Martín Frobel queda junto á la ventana.)

VALDÉS

(Dejando salir por delante á los demás, torna á despedirse del capitán.)

Capitán, con pena os dejo.

DON DIEGO

(Ironía amarga.)

Perdonad no os acompañe; mas, si he de vivir, hay tiempo, y si he de morir, más vale.

VALDÉS

(Gran emoción.)

¡Si habéis de morir, y muerto, en esta tierra os quedareis; tenedla vos por el tercio, que el tercio vendrá al rescate!
¡Que mientras cenizas vuestras,

dando en ella, la consagren,
unidos en vos serán
sólo un reino España y Flandes!

DON DIEGO

¡Nada temáis... aún me queda
vida para cien combates!...

VALDÉS

¡Vuestra mano!...

DON DIEGO

¡Y mi alma en ella,
capitán!

VALDÉS

(Casi abrazándole.)

¡No he de olvidarme
que el nombramiento, Don Diego,
lo escribís con vuestra sangre!

(Se abrazan: situación: sale Valdés.)

ISABEL

(A Martín Frobél.)

¿Qué dijo madre?

MARTÍN

Que cerréis la puerta.

ISABEL

Dijo bien, que ya es tarde.

MAGDALENA

(Con interés, desde lejos, sin atreverse á acercarse á él.)

¿Y el herido?

DON DIEGO

(Incorporándose y volviéndose trabajosamente para dirigirse á ella.)

Dejad, bajo esta incierta
veladura de sombras, en olvido
al huésped y al soldado:
por compasión, no me lleguéis al lado.
Dejadme solo... Toda mi energía,
toda mi fuerza he de juntar ahora,
para llegar con bien al nuevo día...

MAGDALENA

(Temerosa, dando un paso.)

¿Por qué os disgusta nuestra compañía?

DON DIEGO

¡Porque mañana os he de amar, señora!

(Magdalena oye con emoción intensa estas palabras: se queda clavada en el sitio. Mirándola el herido, dobla poco á poco la cabeza que trastorna la fiebre.)

TELON